

EDUCAR EN LA PUREZA

La adolescencia constituye una etapa importantísima en la educación cristiana de los hijos. *Es el momento del descubrimiento de sí mismo y del propio mundo interior; el momento de los proyectos generosos, cuando brotan el sentimiento del amor, los impulsos biológicos de la sexualidad y el deseo de estar junto a los otros; el momento de una alegría particularmente intensa, relacionada con el embriagador descubrimiento de la vida. Pero también es a menudo la edad de los interrogantes más profundos, de búsquedas angustiosas e incluso frustrantes, de cierta desconfianza hacia los demás y de peligrosos repliegues sobre sí mismo; a veces, también, la edad de los primeros fracasos y de las primeras amarguras* ¹.

Los padres han de estar al tanto de estas transformaciones psicológicas y físicas, que son de gran importancia para el desarrollo espiritual de la persona, sin permitir que por comodidad, descuido o cobardía, sus hijos atraviesen solos estos años difíciles. Y uno de los puntos que requiere especial esmero es la educación en la pureza, ya que sin esta virtud —aunque no sea la principal— *se viene abajo toda la vida cristiana* ².

¹ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Catechesi tradendae*, 16-X-1979, n. 38.

² Del Padre, Tertulia, 27-VII-1988.

Un fundamento necesario

Nos ha dado el Creador la inteligencia, que es como un chispazo del entendimiento divino, que nos permite —con la libre voluntad, otro don de Dios— conocer y amar; y ha puesto en nuestro cuerpo la posibilidad de engendrar, que es como una participación de su poder creador. Dios ha querido servirse del amor conyugal, para traer nuevas criaturas al mundo y aumentar el cuerpo de su Iglesia. El sexo no es una realidad vergonzosa, sino una dádiva divina que se ordena limpiamente a la vida, al amor, a la fecundidad.

Ese es el contexto, el trasfondo, en el que se sitúa la doctrina cristiana sobre la sexualidad. Nuestra fe no desconoce nada de lo bello, de lo generoso, de lo genuinamente humano, que hay aquí abajo. Nos enseña que la regla de nuestro vivir no debe ser la búsqueda egoísta del placer, porque sólo la renuncia y el sacrificio llevan al verdadero amor: Dios nos ha amado y nos invita a amarle y a amar a los demás con la verdad y con la autenticidad con que El nos ama ³.

Dentro de estas coordenadas ha de plantearse la educación en la castidad. Si cualquier tarea educativa no debe limitarse al aprendizaje de meras nociones, sino que ha de tender a la formación integral de la persona, con mayor motivo cuando se trata de aspectos tan delicados para la vida moral como son los que se refieren a la sexualidad.

En efecto, *objetivo fundamental de esta educación es un conocimiento adecuado de la naturaleza e importancia de la sexualidad y del desarrollo armónico e integral de la persona hacia su madurez psicológica con vistas a la plenitud de vida espiritual, a la que todos los creyentes están llamados ⁴.* Por eso resulta indispensable encuadrar este tipo de educación en el marco de las enseñanzas morales de la Iglesia, que tienen su fundamento sólido en la revelación y van encaminadas al bien completo de los hijos de Dios. Es lo que señala el Concilio Vaticano II, cuando recomienda que se inicie a los jóvenes,

³ *Es Cristo que pasa*, n. 24.

⁴ Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas sobre el amor humano*, 1-XI-1983, n. 34.

conforme avanza su edad, en una positiva y prudente educación sexual⁵.

No basta, pues, una simple información acerca de estas materias, ya que *la índole sexual del hombre y la facultad generativa humana superan admirablemente lo que de esto existe en los grados inferiores de vida*⁶. Como señala el Papa Juan Pablo II, *la sexualidad es una riqueza de toda la persona —cuerpo, sentimiento y espíritu— y manifiesta su significado íntimo al llevar la persona hacia el don de sí misma en el amor*⁷.

Observa Santo Tomás que, *cuanto más importante es una cosa, tanto más ha de seguirse en ella el orden de la razón*⁸. La sexualidad es un bien de gran importancia, que es particularmente necesario defender siguiendo el orden de la razón iluminada por la fe. La esencia de la castidad como virtud consiste precisamente en esto: en que por medio de ella se establece en lo sexual el orden debido, que conocemos por medio de la recta razón. En consecuencia, para la educación en la santa pureza *es necesario el dominio de sí, que presupone virtudes como el pudor, la templanza, el respeto propio y ajeno, y la apertura al prójimo*⁹.

Una educación sexual que no inculcase en los jóvenes la importancia de la virtud de la castidad, no podría llevar a la madurez humana, objetivo de toda formación. Esta madurez se demuestra principalmente por la capacidad de donación, de amor, que puede actualizarse tanto en el matrimonio como en el celibato apostólico, según la específica vocación recibida de Dios. Es muy importante no olvidarlo hoy día, dadas las circunstancias del ambiente y la difusión de un modo de pensar ajeno a la Ley divina. Una educación sexual desvinculada de esta preocupación por el bien trascendente, resulta dañina. Su fundamento necesario ha de ser una plena, firme y nunca interrumpida formación religiosa, que despierte en particular

⁵ Concilio Vaticano II, decl. *Gravissimum educationis*, n. 1.

⁶ Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 51.

⁷ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 37.

⁸ Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 153, a. 3 c.

⁹ Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas sobre el amor humano*, 1-XI-1983, n. 35.

el sentido de la filiación divina: el conocimiento de la dignidad propia de un hijo de Dios.

Responsabilidad de los padres

Deber fundamental de los padres cristianos es transmitir la vida y educar a sus hijos de acuerdo con la fe y la moral de la Iglesia. Se convierten así en colaboradores del amor de Dios Creador y, en cierto modo, en sus intérpretes ¹⁰. A ellos compete, principalmente, la obligación de dar a conocer a sus hijos el misterio de la vida, pues *la familia es el mejor ambiente para cumplir el deber de asegurar una gradual educación de la vida sexual. Ella cuenta con reservas afectivas capaces de hacer aceptar, sin traumas, aun las realidades más delicadas e integrarlas armónicamente en una personalidad equilibrada y rica* ¹¹. Es más, tienen el derecho a que sus hijos no sean obligados en el colegio a asistir a cursos sobre estas materias, que estén en desacuerdo con sus convicciones morales y religiosas ¹².

Los padres no pueden delegar en la escuela este aspecto de la educación de los hijos. Si toda la tarea formativa ha de realizarse siempre *bajo su dirección solícita, tanto en casa como en los centros educativos elegidos y controlados por ellos* ¹³, con mayor motivo ha de procederse así cuando están en juego valores tan importantes como la recta orientación moral de la conducta. *En este sentido, la Iglesia reafirma la ley de la subsidiariedad que la escuela tiene que observar cuando coopera en la educación sexual, situándose en el espíritu mismo que anima a los padres* ¹⁴. En esta línea exhortaba nuestro Fundador, hablando de la iniciación al misterio de la vida: *la verdad a su hora, oída de labios de la madre o del padre. En la escuela, en el colegio, no. La Iglesia no lo ha querido nunca. ¡No está bien! No se puede tratar a vuestros hijos como a bestias. ¡Son hijos de Dios! Y además, hijos vuestros. Cada uno de ellos vale como la joya*

¹⁰ Cfr. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 50.

¹¹ Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas sobre el amor humano*, 1-XI-1983, n. 48.

¹² Cfr. *Carta de los derechos de la familia*, 24-XI-1983.

¹³ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 37.

¹⁴ *Ibid.*

más preciada ¹⁵. Por eso, los padres han de dedicar *gran atención a una adecuada formación de los jóvenes en lo referente a la sexualidad humana, colocando en la perspectiva justa el designio del Creador desde el principio, el poder redentor de Cristo y la influencia de una auténtica vida sacramental* ¹⁶.

Muchos padres y madres de familia, sin embargo, no saben cómo enfocar el tema, tienen miedo a las reacciones de los hijos..., y muchas veces dan largas a esta cuestión o incluso, lo que es peor, responden con engaños. En estas circunstancias, los maestros —si son buenos cristianos— pueden desempeñar una función muy importante. Pero, en todo caso, el padre, la madre, no puede desentenderse de este deber. *No tiene más remedio que esforzarse en esto, porque llega un momento en que los niños, si papá no les ha hablado, van con curiosidad —de una parte razonable y de otra malsana— a preguntar cuáles son los orígenes de la vida. Se lo preguntan a un amigote sinvergüenza, y entonces miran con asco a sus padres* ¹⁷. En cambio, aseguraba nuestro Fundador, el solo hecho de haberles facilitado *que hablen confiadamente de sus pequeños problemas, hace posible algo que me parece de gran importancia: que sean los padres quienes den a conocer a sus hijos el origen de la vida, de un modo gradual, acomodándose a su mentalidad y a su capacidad de comprender, anticipándose ligeramente a su natural curiosidad; hay que evitar que rodeen de malicia esta materia, que aprendan algo —que es en sí mismo noble y santo— de una mala confianza de un amigo o de una amiga* ¹⁸.

Es importantísimo que sean los mismos padres quienes transmitan a sus hijos las primeras nociones sobre el origen de la vida. Indudablemente, se requiere que tengan la preparación necesaria. Esa formación no se improvisa, sino que es resultado del empeño por desarrollar bien el oficio de padre o de madre. Es lamentable que suceda a veces lo que ya reprochaba el Papa Pío XI, cuando escribía: *a los oficios y a las profesiones de la vida temporal y terrena, que son ciertamente de menor importancia, preceden largos estudios y*

¹⁵ De nuestro Padre, Tertulia, 5-VII-1974.

¹⁶ Juan Pablo II, Homilía a las familias, en Cebú (Filipinas), 19-II-1981.

¹⁷ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 791.

¹⁸ *Conversaciones*, n. 100.

una cuidadosa preparación; en cambio, para el oficio y el deber fundamental de la educación de los hijos están hoy día poco o nada preparados muchos padres, demasiado sumergidos en las preocupaciones temporales ¹⁹.

En muchas ocasiones, habrán de buscar el consejo de un sacerdote bien preparado, leer libros adecuados, o acudir a expertos de confianza y de recto criterio cristiano, que les puedan orientar. *Ante una cultura que "banaliza" en gran parte la sexualidad humana, porque la interpreta y la vive de manera reductiva y empobrecida, relacionándola únicamente con el cuerpo y el placer egoísta* ²⁰, los padres no pueden inhibirse y dejar que sea la vida misma, con su crudeza, la que vaya abriendo los ojos de los jóvenes.

Claridad y delicadeza

Los padres saben bien que a los hijos *hay que tratarlos desigualmente, según las condiciones de su desarrollo psíquico y físico* ²¹. Por eso deben seguir muy de cerca el desarrollo de cada uno, para hablarles con delicadeza en el momento adecuado. Para calibrar bien y acertar en lo que se les debe decir, es importante pedir luces en la oración, pues hay que guardarse de ser demasiado explícito o demasiado parco. Dar muchos detalles a niños aún pequeños es contraproducente. Un excesivo retraso es también imprudente, porque cada persona se interroga antes o después sobre estos temas y siente la natural curiosidad.

Los consejos de nuestro Fundador, avalados por la experiencia de tantos hijos suyos que se santifican en el estado matrimonial, se dirigen tanto a los padres como a las madres de familia. A los padres les decía: *si tú —porque lo has seguido desde niño y ves que es el momento— le dices noblemente, después de invocar al Señor, cuál es el origen de la vida, el niño irá a abrazar a mamá porque ha sido tan buena, y a ti te dará unos besos con toda su alma y dirá: ¡qué bueno*

¹⁹ Pío XI, Litt. enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929, n. 44.

²⁰ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 37.

²¹ De nuestro Padre, Tertulia, 5-VII-1974.

es Dios!, que se ha servido de mis padres, dejándoles una participación en su poder creador. No lo dirá así la criatura, porque no sabe; pero lo sentirá. Y pensará que vuestro amor no es una cosa torpe, sino una cosa santa.

A las niñas —continuaba nuestro Fundador— debéis hablarles las madres terminantemente, con claridad; si no, irán a una amiga desvergonzada (...). No les mintáis: yo he matado todas las cigüeñas. Decidles que Dios se ha servido de vosotros para que ellos vinieran a la tierra, que son el fruto de vuestro amor, de vuestra entrega, de vuestros sacrificios... ²².

Con agudo sentido pedagógico, nuestro Fundador recordaba en ocasiones una explicación clásica, adaptándola a los diversos tipos de personas que le escuchaban. A los jóvenes estudiantes les solía hacer considerar *que hay un reino mineral; otro, el reino vegetal —más perfecto— en el que, a la existencia, se ha añadido la vida; y después viene un reino animal, formado por seres con sensibilidad y movimiento, casi siempre.*

Les explicaba, de un modo quizá poco académico, pero gráfico, que deberíamos instituir otro reino, el hominal, el reino de los humanos: porque la criatura racional posee una inteligencia admirable, chispazo de la Sabiduría divina, que le permite razonar por su cuenta; y esa estupenda libertad, por la que puede aceptar o rechazar una cosa u otra, a su arbitrio.

Pues en este reino de los hombres —les comentaba con la experiencia que provenía de mi abundante labor como sacerdote—, para una persona normal, el tema del sexo ocupa un cuarto o un quinto lugar. Primero están las aspiraciones de la vida espiritual, la que cada uno tenga; inmediatamente, muchas cuestiones que interesan al hombre o a la mujer corriente: su padre, su madre, su hogar, sus hijos. Más tarde, su profesión. Y allá, en cuarto o quinto término, aparece el impulso sexual.

Por eso, cuando he conocido gente que convertía este punto en el argumento central de su conversación, de sus intereses, he pensado que son anormales, pobres desgraciados, quizá enfermos. Y añadía —con esto había un momento de risa y de broma, entre los chicos

²² De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 791-792.

a quienes me dirigía— que esos desventurados me producían tanta lástima como me la producía un niño deforme con la cabeza gorda, gorda, de un metro de perímetro. Son individuos infelices, y de nuestra parte —además de las oraciones por ellos— brota una fraterna compasión, porque deseamos que se curen de su triste enfermedad; pero, desde luego, no son jamás ni más hombres ni más mujeres que los que no andan obsesionados por el sexo ²³.

Enderezar el rumbo

Una parte importante de la labor formativa de los padres consiste en enderezar las inclinaciones desordenadas que puedan manifestarse en los hijos, sin dejar que tomen cuerpo y se conviertan en hábitos. *Yo os exhorto a corregir con todo empeño los vicios y a hacer frente a las pasiones que en cada edad nos acometen, predicaba San Juan Crisóstomo. Porque si en cada época de nuestra vida vamos navegando al margen de los trabajos de la virtud y sufriendo constantes naufragios, llegaremos al puerto vacíos de todo cargamento espiritual y sufriremos los últimos suplicios* ²⁴.

Al dejar atrás la infancia, comienzan a soplar vientos impetuosos (...) *al ir acreciéndose la concupiscencia* ²⁵. Conviene prevenir entonces a los hijos sobre las dificultades que pueden encontrar. Como ha recordado el Magisterio de la Iglesia, *el silencio no es una norma absoluta de conducta en esta materia, sobre todo cuando se piensa en los numerosos "persuasores ocultos" que usan un lenguaje insinuante* ²⁶, pues —son palabras de la Sagrada Escritura— *el caballo no domado se vuelve indócil, y el hijo abandonado a sí mismo se torna rebelde* ²⁷. Es preciso hablar de estos temas con los hijos, observando, eso sí, *todas las cautelas, conocidísimas en la educación cristiana tradicional* ²⁸. En particular, la educación en la pure-

²³ *Amigos de Dios*, n. 179.

²⁴ San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 81, 5.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas sobre el amor humano*, 1-XI-1983, n. 106.

²⁷ *Eccli.* XXX, 8.

²⁸ Pío XI, *Litt. enc. Divini illius Magistri*, 31-XII-1929, n. 41.

za debe ser verídica, huyendo de engañar a los niños cuando comienzan a formular preguntas; ha de realizarse de modo gradual y ajustado a la edad, teniendo en cuenta las características personales de cada hijo; debe ser individualizada, evitando tratar en grupo sobre estas cuestiones tan personales; y ha de estar, por fin, integrada dentro de un programa educativo dirigido a formar integralmente a las personas.

Está en juego la vida misma del alma y la felicidad del hombre, pues la impureza —si no se combate decididamente— origina *la ceguera de espíritu, la inconsideración, la precipitación, la inconstancia, el egoísmo, el odio a Dios, el apegamiento a este mundo, el disgusto hacia el mundo futuro* ²⁹.

No es infrecuente que en los años de adolescencia se presenten manifestaciones desordenadas. En principio, estos fenómenos no presuponen deformación patológica alguna, si se rectifican y enderezan adecuadamente.

La tarea de los padres se demuestra importantísima en estos momentos. Cuando han sabido ganarse la confianza de sus hijos, los mismos chicos acudirán a ellos en cuanto surjan los primeros problemas. Y si no lo hacen espontáneamente, un buen padre o madre cristiano sabe provocar una conversación orientadora para salir al encuentro de las dificultades de sus hijos, darles una explicación de los fenómenos —nuevos para ellos— que les inquietan, y ofrecerles los remedios oportunos para rechazar las tentaciones. *Esto mismo suele ser un paso importante en ese afianzamiento de la amistad entre padres e hijos, impidiendo una separación en el mismo despertar de la vida moral* ³⁰.

Poner los medios

En estas conversaciones personales, junto a la conveniente explicación que sacie la legítima curiosidad, no deben faltar los consejos ascéticos necesarios para superar las dificultades. Así los resu-

²⁹ San Gregorio Magno, *Moralia* 1, 31, 45.

³⁰ *Conversaciones*, n. 100.

mía nuestro Padre: *la custodia atenta de los sentidos y del corazón; la valentía —la valentía de ser cobarde— para huir de las ocasiones; la frecuencia de los sacramentos, de modo particular la Confesión sacramental; la sinceridad plena en la dirección espiritual personal; el dolor, la contrición, la reparación después de las faltas. Y todo unguado con una tierna devoción a Nuestra Señora, para que Ella nos obtenga de Dios el don de una vida santa y limpia* ³¹.

Un medio concreto de custodiar los sentidos es seleccionar bien lo que se lee y lo que se ve. De un lado, *¡cuidado con los libros!* —recomendaba nuestro Padre—. *Ahora se publican tantas porquerías sexuales, que antes no se escribían: se hubieran caído hasta de las manos de los soldados. Ahora hay una literatura a base de palabrotas, de obscenidades, de torpezas increíbles...* ³². Por otra parte, hay que estar atentos a la televisión, que tantas veces es transmisora de una visión enfermiza de esta realidad. *El diablo —advierte el Padre— ha provocado una batalla, perfectamente organizada, para arrancar la fe —el tesoro más grande que tenemos— a la gente. Muchas veces, para lograr su propósito, empieza por pervertir las costumbres, para que no se dé importancia a lo que sí la tiene. Se pierde la delicadeza del alma, a base de presenciar en la televisión programas que no se deben ver, o de leer en las revistas artículos que tampoco se deben publicar, o con chistes, conversaciones... De este modo, termina formándose una costra en el alma, que impide sentir las mociones de Dios* ³³.

Con frecuencia, estos peligros no llegan a plantearse si los padres dan buen ejemplo y saben fomentar en sus hijos hábitos de trabajo, enseñándoles a evitar la ociosidad y a utilizar bien el tiempo libre con ocupaciones interesantes; si les enseñan a preocuparse de los demás, para evitar vivir encerrados en sí mismos; si saben, con pillería y sin mostrar desconfianza, qué amistades tienen los hijos y qué ambientes frecuentan... Algunas veces, sin embargo, los adolescentes adquieren hábitos desordenados que son síntomas de problemas más profundos. Se requiere entonces *que la actuación pedagó-*

³¹ *Amigos de Dios*, n. 185.

³² De nuestro Padre, *Tertulia*, 4-XI-1972.

³³ Del Padre, *Tertulia*, 27-VII-1988.

gica sea orientada más hacia las causas que hacia la represión directa del fenómeno ³⁴, acudiendo también —si es necesario— a la ayuda de un médico de recto criterio cristiano. En cualquier caso, los consejos han de darse en un tono positivo, estimulante, sin reprensiones agrias que —lejos de ayudar— causarían un enfriamiento de la confianza para acudir de nuevo al padre, a la madre, o a la persona capaz de ayudarles mejor.

Vivir la santa pureza es posible. *Cristo puso leyes comunes para todos*, predicaba San Juan Crisóstomo. Y añadía: *no te prohibo ca-sarte, ni me opongo a que te diviertas. Sólo quiero que lo hagas con templanza, no con impudor, no con culpas y pecados sin cuento. No pongo por ley que os vayáis a los montes y desiertos, sino que seáis buenos, modestos y castos viviendo en medio de las ciudades* ³⁵.

La ayuda de Dios no falta, pero se requiere también el esfuerzo personal por corresponder a la gracia, poniendo los medios adecuados. Respetando la conciencia de cada uno, los padres han de animar a toda la familia a acercarse con la frecuencia conveniente a las fuentes de la gracia, en las que se halla la fortaleza necesaria para recorrer con garbo el camino de la vida. Y en esto, como en todo lo demás, han de ir por delante con su ejemplo.

³⁴ Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas sobre el amor humano*, 1-XI-1983, n. 99.

³⁵ San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 7, 7.